

cuando le tocara en suerte
en diferentes parajes
habérselas con salvajes
como avalancha de muerte.

Si de zorro colorado
la vaina que a la culata
lucía, cargaba en plata
un tesoro incalculado;
y como siempre envainado
lo llevaba a la cintura,
el relumbrón y la hechura
del cabo, mostraba así
el valor de un Potosí
de plata peruana pura.

La rastra era un preseña
que acuñaba en oro y plata
a un indiana maragata
con su lanza de pelea;
este lujo daba idea
del hombre y de su decoro;
eran también un tesoro
las mallas de las cadenas
que tintineaban sus penas
con sus seis botones de oro.

Calzoncillos enflecados
almidonados los cribos
con una especie de vivos
lindamente festoneados,
eran blancos, alargados
hasta los mismos garrones
y al menudear sus talones
malambos en las verbenas
cantaban sus nazarenas
entre las ponderaciones.

Allá en la mirada inquieta